

# Zagajewski

## Antonio Heredia

La Fundación Princesa de Asturias premió el pasado año a Adam Zagajewski, un poeta de culto, poco conocido, auténtico heredero de grandes poetas polacos y que lleva traducándose a nuestro idioma desde hace poco más de diez años. La Fundación destacó el sentido ético de su obra y el cómo ésta hace que la tradición literaria occidental consiga ser a la vez una y diversa. También valoró su exquisito cuidado por la imagen lírica, la vivencia íntima del tiempo y cómo su obra literaria alienta permanentemente la imagen estética del fulgor. Efectivamente, su poesía mantiene siempre una extraña simbiosis de sensaciones: ironía, fervor y una melancolía elegíaca con pinceladas de una epifanía muy especial. Una luz, un resplandor que, como el propio poeta escribe en uno de sus poemas, es el objeto de búsqueda de la poesía. Un trabajo, el de poeta, que describe de una forma sencilla, como el de un verdadero artesano de la palabra: *entre el ordenador, el lápiz y la máquina de escribir, se me escapa medio día...* Un oficio que se nutre fundamentalmente, según sus palabras, de lecturas de poetas vivos y muertos y de la música donde afirma encontrar siempre fuerza, debilidad y dolor.

Leer a Zagajewski no puede ser sino una aventura personal e íntima de aproximación a lo cotidiano, a todo aquello que de un modo reiterado sentimos y pensamos en el devenir de nuestras vidas respectivas. Esa lectura tiene un efecto muy sutil: nos sentimos acompañados, nos reconcilia con nuestro mundo; lo hace todo más fácil. Sencillamente porque encontramos en esa búsqueda del resplandor que es la poesía nuestras horas grises, nuestros recuerdos e imágenes que se quedaron

con nosotros para siempre. Hay una música y un ritmo especiales en su poesía que produce, o mejor provoca, la sensación efímera de convertir al lector de ella, como decía Paul Valery, en un inspirado. Y sobre todo la conmovedora y tranquilizadora sensación de que hay personas que velan por este mundo. No es poco.

Para terminar esta breve reseña recordar su hermoso libro *En la belleza ajena*, una especie de diario desordenado en el que hay un breve y hermoso mensaje repetido a modo de sentencia: meditar, soñar, ensimismarse, escuchar algo de música, dar largos paseos, contemplar las puestas de sol, creer en Dios, leer poesías, escribir poesías, ayudar al prójimo, hacer la pascua a los tiranos, alegrarse del amor y llorar la muerte. Acciones transparentes de las que apenas se puede hablar sin caer en el pozo de la subjetividad. Elijan ustedes. Efectivamente se trata de velar el mundo. —